

Discurso Colación de Grados Medicina Decano, Daniel Martínez

Señoras y señores,
Autoridades de la Facultad de Medicina,
profesores, personal no docente,
familias, y muy especialmente, queridos graduados:

Hace ya casi siete décadas, en 1957, en este mismo lugar donde hoy nos reunimos, nació la Escuela de Medicina de la Universidad del Salvador. No fue solo el inicio de una carrera, sino el comienzo de una vocación institucional: formar médicos con excelencia académica, compromiso humano y una profunda raíz en los valores ignacianos que nos dieron origen.

No solo tengo el honor de dirigirme hoy a ustedes como Decano de esta Facultad, sino también el de haber transitado este mismo camino: fui alumno de este Colegio y luego crucé la calle Tucumán para continuar mis estudios en esta Universidad. Volver hoy aquí tiene, para mí, un significado especial. Porque hay lugares que no se abandonan: se vuelven parte de uno.

Queridos graduados:

Hoy no asistimos simplemente a un cierre. Y tal vez esa sea la primera verdad que vale la pena pronunciar en voz alta: ninguna graduación es un punto final. Es, más bien, una apertura. Una pregunta que comienza.

¿Qué significa, en este tiempo, convertirse en médico? ¿Qué se recibe hoy, además de un título? ¿Y qué queda, todavía, por aprender?

Porque si algo enseña la medicina —y la vida misma— es que el conocimiento nunca se posee del todo: se ejerce, se interroga, se pone a prueba en cada encuentro humano.

Ustedes llegan a este momento enraizados en una historia. Son la camada 64° de Graduados de esta Facultad. Y eso significa continuidad, pertenencia, responsabilidad. No son una generación aislada: son herederos de una tradición que ha buscado, desde sus orígenes, formar profesionales íntegros.

Aquí se les ha enseñado a pensar, a mirar; a diagnosticar, pero también a escuchar. Y en ese cruce —entre ciencia y humanidad— se juega el verdadero significado de su vocación.

El recorrido hasta aquí tuvo exigencias concretas. Desde los primeros años del ciclo básico —muchas veces atravesados por la virtualidad, la distancia y la incertidumbre— hasta el ingreso al hospital, donde el conocimiento adquirió rostro, nombre e historia. Allí comprendieron que el paciente no es un caso, sino una persona. Y entonces la medicina deja de ser solo una disciplina para convertirse en una práctica profundamente humana.

Esa formación tiene una impronta particular. La tradición ignaciana no es solo un legado: es una forma de comprender la profesión. Es aprender a discernir antes de

actuar, a preguntarse no solo qué hacer, sino para qué y para quién hacerlo. Es buscar el mayor bien posible, incluso cuando las decisiones son complejas.

Es, también, reconocer que no hay saber neutral cuando está en juego la vida del otro.

Por eso, recuperar el lema que ha atravesado generaciones no es un gesto formal, sino una clave interpretativa de lo que ustedes están llamados a ser: "*Ciencia en la mente y virtud en el corazón*".

Pero hoy quisiera que ese lema deje de ser una inscripción institucional para convertirse en una interpelación personal: ***Ciencia en tu mente y virtud en tu corazón.***

Ciencia en tu mente, para sostener el rigor, para no simplificar lo complejo, para asumir que en medicina la actualización es una responsabilidad ética permanente.

Virtud en tu corazón, para que ese saber no se vuelva indiferente, para que la cercanía no se transforme en rutina, para que cada paciente siga siendo, siempre, alguien único.

Hoy reciben un título. Pero, sobre todo, asumen una responsabilidad.

La sociedad los necesita. Y los necesita en un tiempo particular: un tiempo de avances vertiginosos, donde la tecnología —y también la inteligencia artificial— abre posibilidades inéditas, pero exige criterio, responsabilidad y sentido ético. Nada de eso reemplaza lo esencial: la relación médico–paciente.

Porque la medicina se renueva cada día, pero su núcleo permanece: el encuentro con otro que sufre y que confía.

Muchos de ustedes iniciarán residencias, otros continuarán su formación en el país o en el exterior, y algunos se tomarán un tiempo para decidir. En todos los casos, comienza una etapa exigente: más estudio, más práctica, más responsabilidad. Guardias, ateneos, pacientes, decisiones.

Formarse ya no será una etapa: será una condición permanente. Y en ese camino, será necesario volver una y otra vez a lo esencial.

San Ignacio de Loyola nos enseñó que el amor se pone más en obras que en palabras. Esa enseñanza, en medicina, adquiere un sentido concreto: no se trata solo de curar, sino de cuidar; no solo de intervenir, sino de acompañar.

Recuerden siempre: primero el paciente, después la enfermedad. Recuerden que la medicina pierde su sentido cuando deja de ser una relación de ayuda. Recuerden que cada persona debe ser comprendida en su totalidad: en su historia, en su contexto, en su entorno.

Recuerden también que su título dice Facultad de Medicina Universidad del Salvador. Hay allí una historia de más de sesenta años y un legado que los precede. La educación jesuita propone formar profesionales, pero sobre todo personas: personas capaces de comprometerse con los demás.

El mundo que los espera es exigente, cambiante, a veces incierto. Pero también profundamente necesitado.

Ser médico es habitar una tensión permanente: entre lo que se sabe y lo que aún no se comprende; entre la evidencia y la singularidad; entre la técnica y la compasión. No huyan de esa tensión.

Permítanme insistir: **Ciencia en tu mente y virtud en tu corazón.**

Cuando la urgencia los presione. Cuando el cansancio se haga sentir. Cuando la incertidumbre los obligue a decidir.

Porque si la ciencia orienta, es la virtud la que da sentido.

Y entonces la pregunta se vuelve inevitable: ¿qué tipo de médico quiere ser cada uno de ustedes? ¿Uno que resuelve problemas... o uno que cuida personas? ¿Uno que aplica conocimientos... o uno que asume responsabilidades?

Permítanme ahora decir algo que excede el acto de hoy: esta Casa de Estudios no se cierra para ustedes, se abre. Siempre.

Los espera si desean continuar formándose. Los espera si necesitan volver a pensar su práctica. Los espera como ese lugar al que se regresa para recordar el sentido de lo que hacen.

Porque una Institución con tradición no solo forma: acompaña y cobija.

Tal vez, con el tiempo, descubran que lo más valioso que han recibido no es solo un conjunto de saberes, sino una forma de estar en el mundo.

Que nunca pierdan la capacidad de asombro. Que nunca se habitúen al dolor ajeno. Que nunca renuncien a buscar sentido.

Y que, cuando la práctica cotidiana amenace con volver automático lo esencial, recuerden: **Ciencia en tu mente y virtud en tu corazón.**

Queridos graduados: este es su tiempo.

Salgan con confianza. Con coraje. Con responsabilidad.

Y con la convicción de que allí donde haya vida que cuidar, habrá siempre una tarea que los espera. En ustedes se renueva nuestra esperanza.

Quiero terminar con una frase del Papa Francisco para los jóvenes: *"Sustituyan los miedos por los sueños, no sean administradores de miedos, sino emprendedores de sueños"*.

Muchas felicitaciones. Muchas gracias.